



[www.loqueleo.com/uy](http://www.loqueleo.com/uy)

© 1997, Roy Berocay

© De esta edición:

2017, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 9789974923515

Primera edición en libro electrónico (EPUB): febrero de 2023

Dirección editorial:

Viviana Echeverría

Ilustraciones de cubierta y de interior:

Daniel Pereyra

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

# Lucas, el fantástico

Roy Berocay

loqueleg



Al principio solo se escuchó un sonido lejano. Podría tratarse de una trompeta o un instrumento similar.

—¿Qué fue eso? —preguntó Lucas en la esquina donde se encontraba con sus amigos.

—Yo no escuché nada —dijo Martín hablando a través de su bufanda azul.

—Ni yo —agregó Gonzalo.

Alejandra sí había escuchado.

—Parece un elefante —comentó.

Todos rieron. Es que la posibilidad de que apareciera un elefante en aquel pueblo era tan remota que el comentario hacía gracia.

Los cuatro estaban tan abrigados que cuando se movían parecían astronautas. El frío había llegado casi a cero grado esa tarde, la primera tarde de las vacaciones.

El sonido reapareció, ahora con más fuerza.

Lucas se quedó paralizado. De verdad aquello parecía un elefante pero, claro, no podía ser. La tercera

vez el sonido no llegó solo. Se escuchó también muchas bocinas.

—Algo pasa —dijo Lucas y los cuatro subieron a sus bicicletas y partieron en dirección al sonido que venía del lado de la carretera.

Poco después, justo al costado de la asfaltada entrada al pueblo, los niños se detuvieron.

—¡Es increíble! —exclamó Gonzalo.

—¡Les dije! —rió Alejandra.

8 Lucas y Martín estaban mudos y con los ojos muy abiertos. Aquello era como una visión o un sueño: era una larga fila de enormes camiones rojos, negros, verdes, azules, que avanzaban con las luces encendidas, haciendo sonar sus potentes bocinas.

En los camiones había jaulas y en las jaulas había animales de todo tipo y tamaño, tigres rugientes, monos chillones, jirafas y, más atrás, hamacando su cabeza y su trompa de lado a lado, encima de una plataforma con ruedas, un enorme elefante.

Había más. Detrás del elefante, trepados a otra plataforma, venían payasos que saludaron y les sacaron la lengua. También pasaron personas vestidas con mallas rojas, haciendo piruetas, y un camión con un cañón gigantesco. Más atrás, cerrando la insólita procesión, había también un carro en el que tocaba una orquesta entera de payasos.

Algo más alejados, venían camionetas y algunos autos con casas rodantes.



Lucas y sus amigos seguían sin poder creerlo. ¡Un circo! Y justo el primer día de vacaciones. Todos sabían lo que eso significaba: noches de función, puestos de venta de panchos, juegos y diversión.

Montaron en sus bicicletas y pedaleando lentamente, entraron al pueblo acompañando la caravana multicolor, que con sus bocinazos había logrado sacar a todo el mundo a la calle.

10 —¡Llegó el circo! ¡El circo! —gritaban los cuatro, apurando sus bicicletas y saludando también a la gente en las veredas, como si ellos formaran parte de aquel mundo mágico.

La caravana se detuvo finalmente en un predio que estaba a solo una cuadra de la casa de Lucas.

Casi no podía esperar que sus padres volvieran de trabajar. Imaginaba sus caras cuando vieran que ahí nomás, apenas a unos metros, se levantaría algo que parecía más que un sueño.

Es que había dos cosas con las que Lucas soñaba casi todos los días. La primera era llegar a convertirse en un gran mago, como esos que en la televisión podían hacer desaparecer un avión entero. La segunda era más secreta aun ya que no se la había contado a nadie, ni siquiera a sus amigos: a veces imaginaba ser un gran detective, uno igual que su héroe, el famoso *Mister Quatro*, quien todos los sábados, en su programa favorito, resolvía los misterios más increíbles.



Ahora por fin tendría la oportunidad de acercarse un poco a su primer sueño y ver magos de verdad en acción, allí, a solo una cuadra de su casa y no perdidos dentro de una pantalla. Quizá hasta lograra conocer a uno que le enseñaría sus trucos y...

—¡Lucas!

La voz de Alejandra lo trajo de nuevo a la realidad.

—Vamos a ir, ¿verdad? —preguntó ella.

—¡Claro! ¡Ni enfermo me lo perdería!

Siguieron hasta el lugar donde los camiones se habían detenido. Un grupo de hombres y mujeres conversaba y fumaba, examinando el lugar. Más allá, separado del resto, un hombre flaco y alto se paseaba pensativo.

11

Se bajaron de las bicicletas y quisieron ver más de cerca. Unos hombres musculosos y pelados clavaban un cartel en el pasto. Luego, con mucho esfuerzo, levantaron el anuncio, pintado con grandes letras rojas sobre un fondo amarillo:

## GRAN CIRCO NIGHT

Y más abajo, en letras un poco más pequeñas: “Función todas las noches”.

—¡Todas las noches! —exclamó Gonzalo—. Mis padres no van a tener tanta plata.

—Ni los míos —dijo Martín.

Pero Lucas no los escuchó. Estaba fascinado por el anuncio y quería verlo todo, absorberlo, guardar cada detalle en su mente.

—¡Ahora no, nenito!

La voz, gruesa, desagradable, era de uno de los hombres del cartel.

—¡Ahora no se puede pasar! ¡Váyanse, váyanse todos! —dijo el hombre y Lucas retrocedió.

12 Decidieron irse y en el camino olvidaron al hombre y volvieron a comentar todo lo demás.

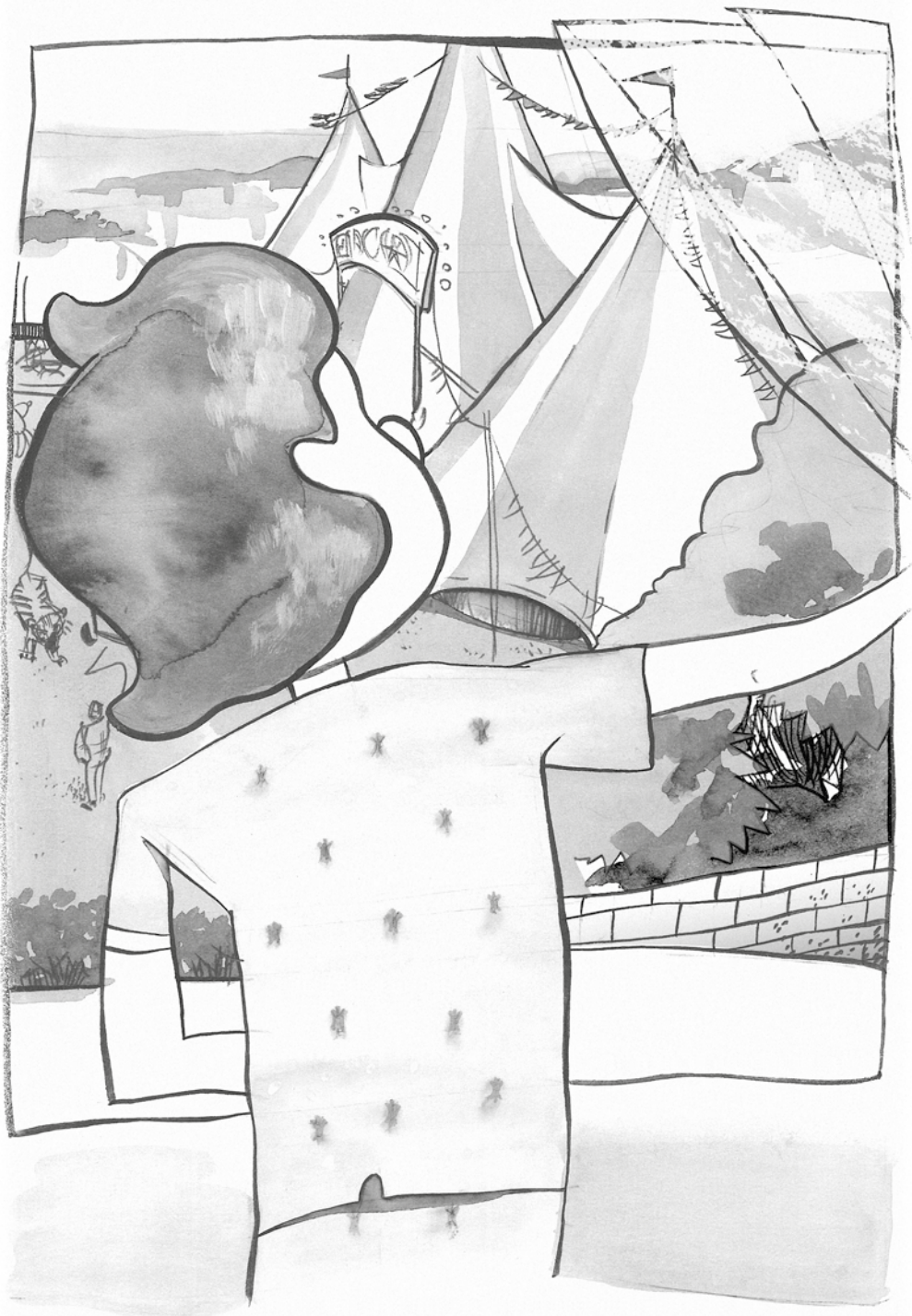
—¡Les dije que era un elefante! —insistía Alejandra.

Lucas se levantó tarde, como siempre, y todavía tenía sueño. Es que se había quedado horas imaginando cómo sería la función de aquel circo. También se había quedado hasta la medianoche practicando algunos trucos de magia de un libro que su padre le había regalado en su cumpleaños y mirando un video de *Mister Quatro*.

Todavía con la boca abierta en un largo bostezo, caminó por su cuarto hasta la ventana y corrió la cortina. Su boca se cerró de golpe.

¡Seguro que aquella carpa era la más grande del mundo! Era alargada y tenía su parte central casi tan alta como un edificio. Alrededor se podía ver las jaulas, prolijamente instaladas en filas y, más allá, un grupo de carpas pequeñas, rojas y blancas, con banderitas amarillas encima.

¡No podía creerlo! ¿Cómo harían para armar todo eso en apenas una noche? Se vistió rápidamente, bajó la escalera a los saltos, salió a la calle y caminó unos pasos. Todo estaba tranquilo. ¿Dónde estarían los



artistas? Miró hacia las casas rodantes, metálicas y relucientes bajo el sol invernal.

Se imaginó que dentro de algunas dormirían aún los payasos. ¡Los payasos! Sí, aparte de los magos, ellos eran lo mejor de todo. Se tiraban pastelazos en la cara, se caían de las escaleras, se peleaban y hacían que todo el mundo se riera a carcajadas.

Casi no podía esperar la hora de la función. Caminó hasta el lugar y se animó a llegar hasta la hilera de jaulas. Respiró el olor fuerte, desagradable. Había un tigre echado, parecía dormido. Se aproximó un poco más. De pronto el tigre levantó su enorme cabeza y rugió.

Lucas dio un salto hacia atrás. Un poco más allá hubo risas y algunos comentarios susurrados, pero no pudo ver a nadie. Quería seguir curioseando, pero al final de las jaulas apareció un hombre grande y gordo, con un buzo de lana lleno de agujeros.

—¿Qué querés? —le preguntó secamente.

—¿Yo? —Lucas estaba sorprendido. Aquel tipo le daba un poco de miedo.

Entonces, sin contestar, se dio vuelta y se alejó. Cuando pasaba de regreso frente a las jaulas y sin ningún motivo, todos los animales se alborotaron. Era como si algo o alguien les hubiese dado una orden.

Los leones y los tigres hicieron temblar las jaulas con sus rugidos; Lucas apuró el paso. Los monos chillaron y saltaron contra los barrotes; Lucas siguió

adelante. Las jirafas, los camellos, todos parecían estar enojados con él. El ruido era terrible; Lucas comenzó a correr y a correr. Sentía que había algo en aquel lugar, algo invisible que le causaba terror. Cuando estuvo a media cuadra del circo, se detuvo. A pesar del frío, sudaba bajo la campera.

Poco después entró a su casa y pensó que a lo mejor su padre tenía razón. Siempre le decía que dejara de ver tantas películas de misterio, porque dos por tres se imaginaba cosas. Se sacó la campera y recordó la vez en que creyó que el viejito que repartía el pan era en realidad un espía o cuando imaginó que unos ladrones estaban robando la casa de un vecino, quien en realidad se estaba mudando a la ciudad.

Desayunó y regresó a su cuarto para seguir practicando un truco de magia que no terminaba de salirle.

Más tarde, después de haber volcado siete veces un vaso con agua sobre el piso, se dio por vencido. Aquel truco nunca le iba a salir bien. Decidió ir a buscar a sus amigos.

En un pueblo pequeño, las noticias se extienden a toda velocidad. En su bicicleta Lucas avanzaba lentamente y veía a la gente que conversaba en las veredas. Por supuesto que todos hablaban de lo mismo.

Es que la llegada del circo, sobre todo uno de ese tamaño, era en verdad un acontecimiento extraordinario, casi tanto como la vez en que la Vuelta Ciclista pasó por la avenida principal. Todos señalaban la

carpa que se levantaba al final de la calle. Hasta el peluquero, el señor Bermúdez, había colocado un cartel promocionando cortes de pelo “a precio de circo”. Aunque Lucas no entendió la oferta.

En la siguiente esquina, justo frente a la plaza principal, al lado de la confitería, se encontró con Gonzalo, Martín y, por supuesto, Alejandra. Ella en realidad venía a ser como su tercer sueño, justo después o antes que el de mago y detective, porque aunque nadie podría decir que era la más linda de la clase, tenía algo especial, algo en su voz y su manera de hablar y mirar, que a Lucas le aceleraba el corazón.

—¡Llegó el payaso que faltaba! —bromeó Martín y Lucas bajó de su bicicleta sin decir nada. Ya estaba acostumbrado a las burlas de sus compañeros. Ellos creían que Lucas estaba un poco chiflado. Era el más callado del grupo, el más serio, el que siempre tenía ideas delirantes que sacaba de los libros o las películas que miraba, el que a veces hacía bromas que nadie más entendía.

Todos estaban igual de ansiosos y también se habían acercado a la carpa para mirar desde afuera. Pero ninguno había notado nada extraño.

—¿Viste los elefantes? —preguntó Gonzalo—. Justo estaban comiendo, ¡eran enormes!

—Claro que son enormes, bobo —intervino Alejandra.

—¡Yo vi un hipopótamo enano! —aseguró Martín.

Lucas miró hacia la carpa y siguió callado. No quería parecer miedoso delante de Alejandra. Ella le gustaba desde siempre, pero nunca se había animado a decírselo.

—¿Saben a qué hora es la función? —preguntó finalmente.

Gonzalo dijo que a las ocho y le contó que unos hombres con zancos y sombreros altos habían pasado por allí hacía unos minutos, repartiendo volantes.

18 Lucas se sintió triste por haberse perdido a los de los zancos. Nunca había visto de cerca a ninguno. ¿Cómo harían para no caerse?

—¿Quieres uno? —le preguntó suavemente Alejandra desdoblando un papel amarillo.

—Gra-gracias —Lucas agarró el papel y lo leyó con atención. Todavía estaba nervioso por lo ocurrido con los animales.

Todos sabían ya que sus padres los dejarían ir. ¿Quién podía quedarse en casa con una cosa así? Bueno, a lo mejor la señora B. que pesaba como doscientos quilos y casi no podía moverse. Era seguro que ella se quedaría en su casa, obligada, pero los demás...

A los niños les brillaban los ojos. Trataban de imaginarse cómo sería por dentro aquel mundo de luces, colores y emociones. Acordaron encontrarse en la entrada a las ocho menos cuarto y se fueron a dar el acostumbrado paseo en bicicleta. Más tarde cada uno regresó a su casa.



Horas después, la madre de Lucas suspiró. Su hijo le había preguntado la hora casi cada cinco minutos y ahora lo había hecho de nuevo.

—Ya falta poco —le contestó.

Lucas se acercó a la ventana.

—Sí, ya falta muy poco —sonrió.